

(Transcripción no revisada por el autor)

**EL BUEN PASTOR  
IDEAL DEL SACERDOTE**

**Homilía de monseñor Francisco Javier Errázuriz  
con ocasión de la ordenación sacerdotal  
En el santuario de Bellavista  
27 de Marzo 2004**

*Ezequiel 34, 11-16.*

*Gálatas 4, 4-7*

*Juan 10, 7-16*

Con mucha alegría hemos peregrinado a esta tierra santa, que pisamos con humildad y gratitud, porque en ella la Virgen María nos ha acogido para llevarnos al encuentro de innumerables hijos suyos y hermanos nuestros, pero, sobre todo, como Moisés ante la zarza ardiente, al encuentro con Dios. Es el Dios trino - el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo - quien se hace presente en esta Eucaristía y en esta ordenación. Es Él quien llama y se acerca a nuestros cuatro hermanos para darles la gracia de una identificación profunda, realmente entitativa, con Jesucristo, Servidor y Pastor de su Pueblo. Los diáconos Fernando, Darío e Ignacio, serán configurados con Cristo, el Buen Pastor, recibiendo el sacramento del orden sacerdotal. Nuestro hermano José Luis, lector y acólito, recibirá el diaconado para ejercer el ministerio de la palabra y de la caridad, en vista a su próxima ordenación sacerdotal.

1. Queridos hermanos, en el relato del Evangelio de San Juan hemos contemplado a Cristo, en quien se cumplió la promesa de Dios anunciada por Ezequiel. En Cristo, es Dios quien le dice a su Pueblo: “Aquí estoy yo; yo mismo cuidaré de mi rebaño y velaré por él”. **El Mesías es Dios Pastor, que conoce a las suyas y las llama** por su nombre, como sólo Él podría hacerlo. Es Dios encarnado, que las defiende del peligro, que las precede, las acompaña y las lleva a los mejores pastos, que las invita a seguirle con confiada seguridad, que da su vida por ellas, para que tengan vida y la tengan en abundancia.

Conocedor de sus pobreza y debilidades, como también de los talentos que su Padre les ha dado y de la misión que les entrega, **en esta mañana Jesús acoge nuevamente a estos cuatro hermanos como Buen Pastor**, y les propone que se abandonen a su amor y a su conducción, a lo largo de toda la vida.

2. Quien es llamado al diaconado y también al sacerdocio, nunca podrá olvidar que su vida y su servicio apostólico serán fecundos tan sólo si sabe escuchar la voz de Jesucristo que le habla, lo llama y lo conduce como Pastor. En su interior resuenan siempre las palabras del Señor: “No me habéis elegido vosotros a mí, soy yo quien os elegí”. Por eso, siempre **la palabra del sacerdote provendrá de un corazón humilde y agradecido**, porque está consciente de no haber tenido méritos ni grandezas propias, en los cuales el Señor podría haberse fijado para elegirlo.

De la vocación de los apóstoles nos dice el Evangelio: “llamó a los que él quiso”. No hay otra explicación para el llamado, que no sea la soberana voluntad de Dios. Por eso, si aquel que es convocado quisiera gloriarse de algo, como nos lo dirá San Pablo, no será de sus talentos personales, sino de su debilidad, ya que en ella está su grandeza, porque manifiesta la omnipotencia de Dios. La grandeza nuestra consiste en ser **instrumentos pobres**, que no quieren poner obstáculo alguno a la obra de Dios, para que resplandezca el verdadero Autor de todo lo que es verdadero y fecundo y hermoso en el mundo, el Padre de los cielos, que es rico en misericordia y llama con predilección a los que son pequeños. Así, quien es llamado al servicio del Señor - ya sea a una vocación laical, a la vida consagrada, al diaconado o al sacerdocio - no quiere anteponer a la sabiduría divina ni sus propios pensamientos ni sus propios proyectos. Desde su pequeñez sólo quiere abrirse a la gracia, a la palabra y al poder de Dios, como lo hizo admirablemente la Virgen María en la hora de la Anunciación y durante toda su vida. Su respuesta nos invita en esta hora de gracia: “He aquí la esclava, la sierva del Señor. Hágase en mí según tu palabra”.

3. La palabra que llama, y todo lo que emprende el Buen Pastor por sus ovejas, sale de su corazón, es **expresión de su amor**. Su lucha contra los salteadores, su búsqueda de la oveja perdida, su dedicación a la que está herida, y su fatiga por conducir al rebaño y marchar delante de él, abriéndole e indicándole el camino, siendo él mismo su Camino, no son sino expresiones de su infinito amor. La parábola alcanza su cumbre en esas palabras suyas que revelan el sentido de la Encarnación y de la Pascua: el Buen Pastor da su vida por sus ovejas. La da, para que tengan vida, y la tengan en abundancia.

La vocación a ser pastor según el corazón de Cristo, queridos hermanos, sólo podrán cumplirla si hacen suyas las palabras del apóstol Juan: “**Amamos a Dios, porque Él nos amó primero**,” es decir, si saben meditar y gustar, día a día, en todas las circunstancias de su existencia, la ternura y la fuerza del amor que Dios les tiene. Se manifiesta en los dones que Dios les ha dado, en la elección que ha hecho de ustedes, en las pruebas que han superado, en esa atmósfera de amor, de fe y de confianza que les regaló en la familia, en el colegio, y en la comunidad a la cual los llamó, en ese espacio interior que es el santuario, en el cual se encuentran con la paternidad de Dios, con la Virgen María y con todos los santos, como también con el envío y la gracia que los vivifica y los inspira. Sólo aquilatando y gustando día a día ese infinito amor, se enciende en nosotros la capacidad de amar a Dios y su santa voluntad por sobre todas las cosas, con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas. Nuestra alianza con Él y con los hombres es alianza de amor, porque nos vivifica el amor de su alianza con nosotros. Porque somos suyos, y tenemos la experiencia del amor del Buen Pastor, y de las manifestaciones de su amor, podemos y queremos abandonarnos a su conducción, también asumiendo los encargos que él nos de y las cruces que nos entregue, para ser reflejos de su sorprendente amor.

4. Llama la atención en la parábola la bondad y la fuerza persuasiva de **la palabra del Buen Pastor**. A las suyas, a cada una, la llama por su nombre, y ellas le siguen. Surge un diálogo de amor y pertenencia, surge la oración y la contemplación, un diálogo a solas con el Señor y en comunidad, al cual nos debemos. Es un diálogo filial, inspirado por el Espíritu Santo, que nos enseña a llamar “Abba, querido papá”, a Dios, nuestro Padre, que se acerca a nosotros en las palabras de su Hijo, el Buen Pastor. Jesús nos revela un secreto: Él sabe llamar a cada uno y a toda la humanidad por su propio nombre, desde su pertenencia a

Dios. **A las suyas**, las llama por su nombre. Las Escrituras, sobre todo el Evangelio, son palabra, iniciativa, amor de Dios, para comunicarse con el Pueblo de la alianza y con todo el mundo, llamándolos por su propio nombre: como criaturas e hijos suyos, liberados de la esclavitud del Faraón y del pecado, para ser posesión suya, su gloria y su corona, pueblo que goza de la libertad de los hijos de Dios.

El diácono y el sacerdote es **un servidor de la Palabra**. Está llamado a estudiar y a amar la Palabra de Dios, su Palabra de amor, y a hacer de ella el origen de su propia sabiduría. Quiere aprender de Jesús todas sus palabras de vida eterna, a meditarlas en su corazón para que encuentren en él el eco filial de quien se alimenta de toda palabra que sale de la boca de Dios, y de quien crece, porque pone todo su empeño en llevarla a la práctica. Ustedes quieren aprender, como lo hizo nuestro padre fundador, el estilo de enseñar de Jesús, siempre orientado a la vida del mundo y, por eso mismo, siempre capaz de despertar el estupor y el seguimiento, porque nunca en la tierra se había escuchado a alguien predicar palabras que provenían de la intimidad de Dios, las palabras que Cristo le había escuchado a su propio Padre. Predicar la palabra de vida de manera propositiva, sí, pero sin esquivar la misión de predicarla también a destiempo, cuando no se quiere escuchar la sana doctrina, cuando no se quiere oír la frase que nos pide ser justos y misericordiosos como el Buen Pastor, el mandato de orientarnos por la voluntad del Dios Creador, inscrita en el ser de las criaturas, la palabra que propone el camino de la renuncia a sí mismo y de la cruz, de paso a la resurrección y la gloria.

5. Nuestro tiempo necesita que los sacerdotes de Cristo sean hombres sabios, profetas del paso del Señor, que conducen a través de sembrados y de desiertos **hacia el pasado mañana de la historia**, sin dejarse encandilar por quienes nos proponen ser como dioses, lejos del Evangelio, emancipando nuestra cultura de su substrato católico. Llamemos siempre a las suyas por su nombre, aprendiendo de Jesús los nombres verdaderos de las personas y de las realidades humanas, del matrimonio según Dios lo instituyó, del trabajo y su remuneración, de la convivencia social y política, como también los verdaderos nombres de cada persona, de cada profesión, de cada familia, de cada comunidad de vida consagrada y de cada cultura, llamándolas siempre por los nombres que Él les dio, precisamente por ser suyas. Estamos llamados a ser pastores según la sabiduría y según el corazón de Dios.

Los signos de los tiempos claman por pastores que, a semejanza de Cristo, tengan compasión por las ovejas que vagan desorientadas, porque no encuentran a su Pastor. Los hombres y las mujeres en nuestra patria tienen **nostalgia de Dios**. Lo buscan y lo anhelan profundamente. Quieren la felicidad que Él proclamó en el sermón de la montaña. La quieren plena, pero la buscan a migajas, ilusoriamente; también en las fugas del alcohol y de la droga, donde no se halla. Pero como la cierva busca corrientes de agua, así el corazón humano busca a Dios; así tiene sed de Él y lo necesita. A pesar de las múltiples ofertas, aun cansado, sigue buscando, porque no lo satisface ni el placer ni las alegrías que se marchitan. Desde lo más profundo, anhela esa tierra cálida y familiar, que el Amor eterno se ha preparado, donde manos bondadosas se juntan en oración y alivian dolores, donde resplandece la libertad y la alegría; anhela cielos nuevos y tierra nueva, una nueva humanidad. Para conducir a esa tierra prometida, que es la Familia de Schoenstatt y que son otras familias carismática y comunidades cristianas que servimos, que es toda la Iglesia, Familia de Dios, y que es en su plenitud el cielo, los ha llamado el Señor.

6. **El Buen Pastor da la vida por las ovejas** en el trabajo cotidiano, en la oración por ellas y, de manera más heroica, en la expresión más sublime del amor, entregando la propia vida, desviviéndose por ellas, para liberarlas del pecado, de la increencia y hasta de la muerte a aquellos que están amenazadas. Esta entrega la comprendemos en la hondura de una donación sin límites, movida por el amor que palpita en el corazón del pastor. La dimensión de la cruz, que con tanta fuerza se va haciendo presente en este tiempo de cuaresma, está íntimamente entrelazada a la imagen del Buen Pastor. El sacerdote será pastor, en la medida en que la abraza y la bese. La fecundidad de la vida de Cristo Buen Pastor nace, sobre todo, de ser Él mismo Cordero inmolado en la Cruz, para nuestra salvación. En la misma medida en que nos sacrificamos con Cristo, es fecunda nuestra vida sacerdotal.

Queridos hermanos diáconos, como lo hemos meditado, nuestra espiritualidad sacerdotal tiene las dimensiones y el dinamismo propio de la alianza: de esa alianza de amor y reconciliación, que nos arraiga en el corazón del Padre, nos transforma en otros cristos, y nos envía en la fuerza del Espíritu de Pentecostés; de esa **alianza sellada en la sangre de Cristo**, alianza de unidad y de paz, que Cristo renueva cuando los asume en su misterio, y ustedes celebran con Él y en Él **la Eucaristía**. De corazón le pedimos esta mañana al Padre de los cielos, que le dio a la Virgen la gracia de colaborar con Cristo con un corazón plenamente abierto a su sabiduría, a su sufrimiento y a su victoria, que esa atmósfera del corazón de la Inmaculada inunde los pensamientos y los sentimientos de ustedes cada vez que se acerquen al altar. Que en esa mesa, tanto ustedes como las personas que los acompañen, encuentren el alimento que necesitamos como peregrinos, el Pan de vida eterna, ya que según las palabras del Señor: “El que come de mi Cuerpo y bebe de mi Sangre vive en mí y yo en Él”. El pastor sabe que en la eucaristía diaria está su alimento y la vida de su grey. Con cuanta delicadeza debemos cuidar este tesoro, haciendo de nuestra propia vida, como lo hizo nuestro fundador, una prolongación del misterio pascual.

7. También un lugar de alianza, de bendición y de gracia, lo constituye **el sacramento de la reconciliación**. En el sacerdote se hace presente el Buen Pastor que busca a la oveja perdida. La acoge con el amor que perdona, efusivo y dignificante, del padre del hijo pródigo, la libera de las zarzas, del hambre y de la sed, y la lleva al encuentro de la comunidad, a la fiesta que el Padre le había preparado. Desde la profundidad y la misericordia del corazón de Cristo ustedes acogerán dolores y fatigas, miserias y desesperanzas, siendo testigos privilegiados de los caminos del Evangelio, y del amor paciente e infinitamente generoso de Dios, que una y otra vez perdona y se derrama a través nuestro sobre el corazón humano, para restituirle la gracia, la alegría y la paz.

Muy unido a la confesión está **el hermoso ministerio del acompañamiento espiritual**, que nuestro fundador caracterizó como una expresión del amor que quiere servir con magnanimidad la vida de los demás: la vida, la originalidad, la misión y los carismas que Dios les confió. Servirla, para que cada uno se encuentre personalmente con el Dios providente que lo guía, y se entregue a su conducción con fe y esperanza; para que sepa reconocer las puertas que Dios le abre y camine por los caminos de la alianza, animado por el Espíritu Santo; para que aprenda a asumir en conciencia, como supo hacerlo la Virgen María, a partir de su vocación y su misión en medio del mundo, la responsabilidad personal

por su ambiente, su familia, y la historia de su pueblo. De eso se trata, de formar personalidades fuertes que conozcan la voluntad del Señor de la Vida y de la Historia, y actúen con Él y como Él, para abrirle camino a la verdad, a la vida y a la felicidad; para abrirle caminos y oportunidades, a los niños, a los esposos de Caná, a la samaritana, a los paralíticos, y a todos los afligidos y marginados de la sociedad. Ustedes quieren ser forjadores de una nueva humanidad, cuya cultura corresponda al sueño para sus criaturas que Dios comenzó a realizar primero en el Paraíso, y después en María, su nueva creación. Con mucha esperanza nos unimos a este anhelo de ustedes y le pedimos al Señor los dones del Espíritu que van a necesitar, para cumplir esta tarea, prolongando la paternidad espiritual del Siervo de Dios, el Padre José Kentenich.

8. En este día de gracia no quisiera concluir estas palabras sin antes expresar **la especial gratitud de la Iglesia** a sus familias que con tanta fe y generosidad los han acompañado a través de estos años, especialmente a sus padres y hermanos aquí presentes, y a sus familiares que ya han partido al cielo. También, un agradecimiento especial a sus queridos formadores y a todos los sacerdotes, a los hermanos de comunidad, a los miembros de la Familia de Schoenstatt y de tantas comunidades cristianas, y a todos los amigos que los han acompañado con su oración, su ejemplo y su palabra en este tiempo de formación y que seguirán acompañándolos como hermanos en esta nueva etapa de la vida, que ahora, ya madura, comienza.

9. **Unámonos a la Sma. Virgen, nuestra Madre y Reina tres veces admirable**, que con tanto amor nos acoge y nos educa como hijos, y consagremos a estos hermanos nuestros a su materno cuidado. Que Ella acompañe su ministerio, les ayude a estar de corazón cerca de Cristo, les muestre los caminos de la fidelidad, les fortalezca para superar las dificultades, y avive la esperanza para anunciar a tiempo y a destiempo la Buena Noticia. Que ella les implore la sabiduría para comprender y acoger las debilidades humanas, y convertirlas en una puerta de acercamiento a la misericordia del Padre. Que Ella los ayude a tener el corazón puesto en Dios, y la mano en el pulso del tiempo, para guiar con sabiduría, colaborando con el Buen Pastor. A Ella le pedimos que implore para ustedes los dones del Espíritu Santo, de modo que el milagro del Cenáculo y de un nuevo Pentecostés sea una realidad poderosa y fecunda en nuestros días. AMEN.